

SOÑANDO EN CÓDIGOS

Esta mañana, mientras flotaba en ese estado entre el sueño y la vigilia en el que uno puede cobrar conciencia de sus sueños inmediatamente antes de despertar, me di cuenta de que estaba soñando de nuevo en código¹. Esto me ha estado ocurriendo en ocasiones durante las últimas semanas. De hecho, la mayoría de las veces en las que he cobrado conciencia del contenido de las divagaciones de mi mente inconsciente, se trataba de algo que de forma abstracta estaba relacionado con mi trabajo. Recuerdo haber oído mientras despertaba el sonido del centro de atención de llamadas cuando trabajaba allí, y he oído historias de amigos que hacen un turno extra desde que se van a dormir hasta que se despiertan, con los repetitivos pitidos del cajero de un supermercado puntuando la noche. Pero soñar *acerca* de tu trabajo es una cosa y soñar *dentro de la lógica* de tu trabajo, otra bien distinta. Naturalmente, es lamentable que nuestra mente inconsciente no encuentre nada mejor que hacer que volver a las tareas mundanas, o que nuestros sentidos estén saturados por la duradera impronta de un día de trabajo. Pero en el tipo de sueño que he estado teniendo, el mismo movimiento de mi mente ha sido transformado: se ha convertido en el movimiento de mi trabajo. Es como si los patrones repetitivos de pensamiento y la lógica específica que utilizo mientras trabajo estuvieran integrándose y se convirtieran por defecto en la lógica que utilizo para pensar. Es un tanto inquietante.

La analogía más cercana puede ser la de alguien que se está familiarizando rápidamente con un nuevo idioma y alcanza el punto en el que los sueños y los pensamientos erráticos de la mente semiinconsciente comienzan a producirse en ese idioma. También aquí la mente asume una nueva clase de «lógica» y de nuevo el cerebro es capaz de examinar sus propios procesos con cierta pseudoobjetividad y determinar la naturaleza de esa lógica como algo particular; algo que todavía no posee a la mente completa pero que la habita y toma el mando de sus recursos. Normalmente, nunca conseguimos esta perspectiva sobre los pensamientos que ocurren en nues-

¹ Este artículo fue publicado originalmente en sueco como «Att arbeta i sömnen» en *Dissident* 3 (2008). Una versión ampliada aparecerá en *Endnotes* 2.

tro propio idioma. Realmente nunca obtenemos esta clase de perspectiva sobre los pensamientos en el propio lenguaje; no desarrollamos por lo general una conciencia de las particularidades de nuestro propio pensamiento. Pero ahora mismo lo siento como una clara escisión: entre el yo que actúa con la lógica del trabajo y el yo que actúa como espectador de ella.

I

Trabajo en informática. Concretamente soy diseñador de páginas web, lo que significa que potencialmente escribo todo el código original que va en un sitio web: marcadores como HTML y XML, el diseño visual, la «lógica» funcional que ocurre tras las pantallas y en tu buscador, y los comandos que mantienen una página activa en un servidor de la red. Trabajo para una pequeña e incipiente empresa especializada en la difícil actividad de la venta por Internet de coches de segunda mano. La compañía es un eco tardío de la «burbuja puntocom», en la que uno de los principales directivos aportó los prácticamente inagotables fondos que mantienen a flote esta empresa no rentable. Soy el principal diseñador de páginas web y trabajo con otro que también se ocupa de la parte gráfica. Mi superior es el gerente de informática que, además de programar, dirige la organización de nuestros proyectos. Por encima de él están los directivos principales, una pareja de «bichos raros», cristianos renacidos, con una seria ética de trabajo. Solían intentar que todos los nuevos empleados siguieran el Curso Alfa, un proyecto de orientación carismática de reclutamiento cristiano así como organizar una vez al mes el «Día del Señor», en el que todo el personal tendría la jornada libre a condición de que la pasaran tomando el té con un predicador. No es sorprendente que muchos empleados declinaran la oferta, prefiriendo realmente trabajar antes que tener que cumplir con las formalidades de una conversión religiosa.

Una característica notable de la «política» en el trabajo es la división, o el antagonismo, entre el equipo empresarial y el equipo técnico. Los técnicos siempre sienten que los empresarios toman decisiones arbitrarias, basadas en un conocimiento insuficiente del verdadero funcionamiento de las cosas; todo podría hacerse mucho mejor si los que entendemos las tareas que tenemos entre manos pudiéramos llevarlas a cabo por nosotros mismos. Los empresarios siempre piensan que los técnicos son molestos, pedantes y obstinados de forma innecesaria o patológica, mientras que los técnicos opinan que la obstinación está en el mundo real y sus exigencias. En cierto modo, esto me facilita las cosas, ya que el contacto con el lado empresarial se realiza fundamentalmente a través de un «director de proyecto» específico, y yo trato principalmente con los que están en mi lado de la gran división. Incluso es posible desarrollar una cierta actitud de «nosotros contra ellos».

Desde nuestro punto de vista, el negocio y sus necesidades aparecen como externalidades parasitarias impuestas sobre el funcionamiento real

de nuestra empresa de producción de valor de uso. Estamos extrañamente atados a una cierta normativa, no sólo a la de hacer bien el trabajo en el aspecto técnico, sino también a la de pensar en términos de una provisión de servicios reales, de experiencias de usuario y de alentar el libre flujo de información. Esto a veces conduce a conflictos directos: cuando la empresa sugiere un lenguaje tortuoso para promocionar «el producto», los técnicos intentarán llevar la balanza hacia la transparencia y la honestidad. «Lo que se siembra es lo que se cosecha» parece ser la actitud predominante en el desarrollo de las páginas web en la era posterior a la «web 2.0»: ofrece servicios baratos o gratis, haz circular la información, sé honrado y confía en que de alguna manera llegará el dinero. Si la empresa actúa con la mentalidad del capital monetario, enfrentándose al mundo como un rozamiento o una obstinación que desea superar, y si a eso le sigue una tendencia a intentar vender remedios milagrosos, en el extraño mundo donde el orgullo técnico se opone al inflado súper ego del capital, el valor de uso domina con una prístina conciencia. Todo es «examinado con lucidez» –por usar la terminología de mi jefe– y la agregación de valor aparece como un accidental producto colateral.

Desconfiando de la burocracia sindical, los *operaisti* italianos de la década de 1960 esperaban descubrir oportunidades para la autonomía de la clase trabajadora dentro del propio proceso de producción, mediante la forma de la «indagación del trabajador». Sin embargo, el examen del antagonismo entre técnica y negocio en el actual desarrollo de la web ofrece pocos motivos para el optimismo revolucionario. La solidaridad que desarrollamos contra la empresa, aparte de ofrecernos respiro y refugio contra la victimización individual, cumple la función de ser un «examen de lucidez» para la propia empresa. La contradicción entre personal técnico y directivo es productiva para el capital: la necesidad de valorizar evita que los técnicos divaguen en sus preocupaciones esotéricas, mientras que la necesidad de realismo se ve recíprocamente reforzada por los técnicos cuando insisten en una forma de trabajo ampliamente «científica».

Esta relación deja poco espacio para un deliberado «rechazo al trabajo»: dado el carácter del mismo, individualmente asignado y centrado en el proyecto, el absentismo sólo conduce al autocastigo, ya que el trabajo que no se haga ahora tendrá que hacerse más tarde y bajo mayor presión. Aparte de eso, existe una fuerte presión interpersonal incorporada: como la mayor parte del trabajo es «en colaboración», en un sentido amplio, las tácticas dilatorias y el absentismo implican necesariamente un sentimiento de culpabilidad hacia los trabajadores técnicos en general. Tampoco el sabotaje es una opción creativa, no por el supuesto orgullo del trabajador especializado, sino por la naturaleza del producto. En una línea de producción, el sabotaje puede ser una táctica racional que detiene el flujo incesante para ofrecer media hora de sociabilidad colectiva. Cuando tu trabajo se asemeja al de un artesano, sabotearlo supone complicarse la vida. En ocasiones se oye hablar de personal autónomo o contratado que escribe confusos y complicados «códigos *spaghetti*» para seguir trabajando. Esta

técnica puede tener sentido cuando una compañía depende mucho de individuos concretos, pero en un típico equipo de desarrollo, que emplea metodologías de gestión informáticas centradas en la retroalimentación tales como programación «ágil» y «extrema», y donde la «propiedad» de un proyecto es siempre colectiva, la programación de un código de alta calidad, claramente legible, tiene una prioridad *normativa* que va más allá de los sentimientos que uno pueda tener sobre hacer bien su trabajo.

Desde luego hay un nivel banal en el que me arrastro de la cama de mala gana, salgo del trabajo lo antes posible y me arriesgo en términos de puntualidad. Intento que el tiempo de trabajo sea «mi tiempo» lo máximo posible escuchando mi iPod, haciendo pequeñas pausas de lectura durante la jornada laboral o manteniendo discretas conversaciones con amigos por Internet. Este tipo de cosas constituyen el verdadero forraje que alimenta la indagación del trabajador. Pero aquí el límite de la obstinación se encuentra al mismo nivel que el de la resistencia del cuerpo humano a la extensión indefinida de la jornada laboral. La gente siempre tensará los límites permisibles, pero estas acciones están definidas por el marco de lo que es aceptable en un trabajo concreto. La aparente insubordinación de mi impuntualidad terminaría pronto si pusiera en peligro mi sustento, mientras que las presiones sociales asociadas al trabajo son tales que todo el tiempo que yo «recupere» mediante una actitud rebelde, queda más que compensado cuando se acerca el plazo de entrega de un proyecto y tengo que trabajar horas extras no renumeradas por las tardes, o por la noche para arreglar servidores cuando nadie los está usando.

Sólo cuando llega la enfermedad y me veo involuntariamente incapaz de trabajar, consigo realmente un tiempo extra «para mí mismo». Resulta extraño alegrarse de una gripe con el pensamiento de que, en medio de la convalecencia, uno podrá por fin dedicarse a cosas que el trabajo obliga a dejar de lado. Aquí la enfermedad aparece realmente como un «arma», pero un arma que lucha su propia batalla sin ser usada por el supuesto agresor. Sin embargo, a veces me pregunto si debería ser contemplada como una simple patología, una contingencia impuesta sobre el cuerpo desde fuera. La enfermedad puede parecer casi deseada, unas vacaciones que el cuerpo exige para sí mismo. Tal vez hay una continuidad entre la enfermedad «auténtica» y la «gripe producto humano» de la que me acusó en una ocasión un digno agente de control cuando falté al trabajo durante una semana. Pero si la enfermedad es todo lo que tenemos, ofrece poca esperanza para una resistencia significativa.

II

Si la encuesta obrera intenta alumbrar una historia secreta de microrrebeliones, exponiendo las posibilidades de lucha en los detalles de la experiencia vivida y expandiendo la propia conciencia y la de otros trabajadores en el proceso, eso es encuesta obrera en el modo cínico. Nosotros

«luchamos»; nosotros somos obstinados. Pero, como técnicos frente a la empresa, nuestra obstinación es parte integral del movimiento del capital y, como trabajadores, nuestra lucha no tiene un horizonte que sea visible, si es que existe alguno. Nuestro interés cotidiano como tales está, en su mayor parte, alineado con el de este capital concreto. Si los programadores son una vanguardia en el encumbramiento del valor de uso, del anarquismo tecnológico, del trabajo en colaboración, de la moralizadora práctica ética y de la libertad de información, es porque todas estas cosas son consideradas como necesarias en el movimiento del capital. La normatividad sistemática que satura nuestra práctica laboral es simplemente una universalización de la propia lógica del capital.

Igual que el capital postula su propia restricción en la forma del Estado para evitar autodestruirse por culpa del interés de cada capital individual, también –tras un temprano periodo de programación confusa, debido a una fragmentación de Internet en una Babel de diferentes plataformas, buscadores y lenguajes– se impuso un consenso en el mundo del desarrollo de páginas web según el cual los «estándares» eran importantes. Para ello fue primordial una idea de universalismo: todo lo que se adhería a esos estándares debía ser mantenido; cualquier cosa que no lo hiciera estaba buscando problemas. Microsoft se convirtió en un paria entre los profesionales de Internet debido a su continuo desprecio hacia los estándares y a su inclinación por el desarrollo de anexos patentados en el espacio público de la red. Los programadores enarbolaron con orgullo emblemas de normalización en sus páginas personales y se convirtieron en voces defensoras de tecnologías como el Firefox de Mozilla que, además de ser «código abierto», superaba a Internet Explorer en términos de conformidad con los estándares. De hecho, en el universo moral de un programador, los estándares están por encima de un código abierto. La universalidad de las prácticas de trabajo se ha convertido en el imperativo particular del capital de las tecnologías de información, una obligación hacia la «Iglesia invisible» de Internet.

Algunos de estos aspectos están vinculados al carácter colectivo del trabajo de una empresa y no afectan al autónomo, pero cuando uno es «su propio jefe» tiende a asumir como propio lo que de otro modo podría dejarse para otros. He hecho algo de trabajo como autónomo, y el sólo pensamiento de volver a ello ahora hace que me estremezca un poco. Cuando eres autónomo, es fácil acabar dedicando horas y más horas, dando vueltas a proyectos en el tiempo «propio», mientras el trabajo coloniza la vida aún más por la dificultad de autoimponerse una separación entre ambos que garantice un fugaz escape del trabajo alienante. Por lo menos cuando salgo de la oficina entro en el mundo del no-trabajo.

Desde luego, la acostumbrada separación vida-trabajo en forma de lunes a viernes de 9 a 5, domina cada vez más mi experiencia. El domingo trae consigo la creciente certidumbre de que se acerca el duro regreso al trabajo –lo que a veces implica arrastrar la resaca del fin de semana hasta

las primeras horas de la mañana del lunes—, mientras que la tarde del viernes abre un abismo de deseo y de búsqueda desesperada de satisfacción, cuya lógica final es la de la autoaniquilación alcohólica. Me convierto en una caricatura hedonística de mí mismo, compitiendo contra otros para que la fiesta sea mayor y más larga, desperdiciando gran parte de mi tiempo libre en un estado fragmentado y de resaca. Éste es el estado del «rockero» pasado de moda: el más allá del trabajo como un estado de puro deseo y consumo trascendente, la vacuidad del deseo abstracto; la negativa a simplemente reproducirnos como trabajadores junto con el deseo de aniquilarnos a nosotros mismos como humanos. Esto es lo que significa el tema «1970» de los Stooges.

III

Pero mientras me encuentro con esa conciencia dividida de los primeros momentos de la mañana, mientras se desvanece el intento de liberación de la noche anterior, a menudo descubro que estoy soñando en código. Puede ser cualquiera de los distintos códigos de programación con los que trabajo. Una secuencia aparece en mi cabeza y empieza a dar vueltas, desplegándose como un fragmento de melodía que se repite en mis oídos. La mayor parte de las veces, si me encontraba lo bastante consciente como para reexaminarla, parecía sin sentido. Ya tengo suficientes dificultades para manejar la programación cuando estoy despierto, y sospecho que mi mente inconsciente no lo hace mucho mejor. Pero algunas veces sí tiene un significado. Una mañana hace poco me despertó el pensamiento de que había un fallo en un programa que había escrito y de cuya existencia no me había dado cuenta. Mi mente onírica había estado examinando el trabajo de una semana y había dado con una inconsistencia. Como soy un trabajador del pensamiento y como la identificación y solución de esos problemas es un aspecto principal de mi trabajo, no es descabellado decir que en mi sueño había estado realizando un trabajo real. Ésta no es la fecundidad mágica de un poder creativo generalizado, que produce un «valor» más allá, y ontológicamente antes, del proceso laboral. Es trabajo real *para el capital*, de naturaleza indistinguible del que hago durante mi jornada laboral, pero que tiene lugar en mi mente dormida. De pronto aparece la aterradora idea de una nueva clase de sumisión que supone una transformación de las estructuras mismas de la conciencia. De hecho, encuentro que modelos estándar de pensamiento parecen cada vez más impresos en mi mente: el reconocimiento momentáneo de que hay un problema en algún sitio dispara una rápida consideración de las posibles localizaciones del código defectuoso, antes de que conscientemente sacuda mi mente, sacándola del mundo de los códigos, y reconozca que solucionar errores informáticos no soluciona todos los problemas. Hay algo aterrador en todo esto.

Más allá de la sintaxis específica de un lenguaje de ordenadores, sospecho que otra lógica, nada neutral, puede estar siendo introducida cuando

uno piensa de esta manera: la lógica abstracta e instrumental del capitalismo de alta tecnología, con sus procesos diferenciados, sus operaciones y sus recursos. Una lógica vinculada a «ontologías» concretas a las clases y a ejemplos de la «programación orientada a objetos», entidades de lenguajes marcados como html: ésta es la forma que cada vez más estructura mi pensamiento. Cuando el pensamiento se ha convertido en una actividad productiva para el capital —el trabajo por el que realmente le pagan a uno— y cuando ese modo de pensamiento se convierte en un hábito de la mente que se pone en marcha independientemente de la propia voluntad, podemos preguntarnos si el sujeto de este proceso laboral sigue centrado en el individuo, que podría dedicarse a formar su propio mundo de no ser por el alienante y abstrayente poder del valor. Cuando me descubro trabajando en sueños, observo que actúo de forma alienada, pensando de una manera que es extraña en mí, trabajando fuera del proceso laboral formal a través del proceso espontáneo del pensamiento. ¿Quién puede decir que este proceso no asumirá su lugar como lengua nativa, una alienación que absorbe por completo aquello que aliena?

Si el lugar de trabajo ya no ofrece un sitio en el que es posible y tiene sentido cometer actos diarios de insubordinación, si no sólo no permite desarrollar un sentido de «autonomía» latente basado en la misma exterioridad del trabajador respecto al proceso de producción, sino que provoca un antagonismo productivo en el que los técnicos dan al capital su «examen de salud mental» y la obstinación es sólo la de la corporeidad a través de la cual fluye el capital, y si el trabajo se convierte en un simple hábito de pensamiento que puede ocurrir incluso en sueños, entonces parece erróneo poner demasiadas esperanzas revolucionarias en la naturaleza de este trabajo mental y en sus productos, en Internet o en el «trabajo inmaterial».